

Para Hernán, los sucesos le van regularizando su vida particular. El escenario se le presenta despejado, pues la vuelta a la casona provinciana le significaba custodiar el prestigio de la familia y salvarse a sí mismo de cualquiera sombra. Por eso, desde el otro lado del tiempo revivió a su hermano. Es éste el que polariza la atención del lector, pero es Hernán con su mundo en vías de normalidad el que se nos entrega: "Una casa para siempre, un hogar; afectos, risas, planes; seres unidos bajo la razón inmanente y solidaria del amor", exclama el narrador Hernán. En fin, esta es una novela construida diestramente. Débil en los personajes femeninos. Simple en su estilo. Novela con la solución del destino y del mundo de Hernán.

<https://doi.org/10.29393/At392-92HEBR10092>

*Una historia de la existencia humana. La novela "Crónica del Hombre"*  
de HERNÁN JARAMILLO

Hernán Jaramillo, hombre andariego, de estampa campesina, de gestos nerviosos y hablar atropellado, brioso y gráfico, se sorprende de su última obra, la novela *Crónica del Hombre*, extensa narración que sucede en escenario bíblico y en tiempos remotos. Los dos volúmenes de la novela no amedrentaron a los miembros del jurado del Premio Municipal de Literatura, quienes distinguieron a *Crónica del Hombre* con el galardón correspondiente a novela del año 1960, en compañía de la de Armando Cassigoli, ANGELES BAJO LA LLUVIA.

Hernán Jaramillo no gusta de permanecer en postura literaria, ni menos pretender lisonjas. Su alma llana y su comprensión del menester literario lo alejan de tal comportamiento. El lector del momento tal vez lo conozca sólo como cuentista de temas chilenos, como condiscípulo de Mariano Latorre, quien en elogioso prólogo lo instó de nuevo a publicar sus producciones. Pocos saben de sus primeros pasos. Al efecto, es útil transcribir las propias palabras de Jaramillo, puestas como introducción al libro de cuentos titulado *Los antojos de Deidamia*: "Mantuvimos la pluma quieta en unos quince años de perezoso descanso intelectual. Abandonamos nuestro incipiente oficio de periodista y empezamos a ganarnos nuestro pan, haciendo esa vida de militares o gitanos que hacen todos nuestros compañeros del Departamento de Riego en Obras Públicas. Durante veintidós años hemos recorrido el país de norte a sur en un peregrinaje de esfuerzo y de cansancio", pág. 8. Cuando en el año de 1952 prolongó sus cuentos, lanzó además, una honesta confesión: "Hemos vivido hasta los cuarenta años en un plano de indiferencia presuntuosa sobre cuanto atañe a nuestra tierra y sus costumbres. Nos parecía, como les parece a muchos, que este ambiente era de una infecundidad irredimible para el arte; para ese arte ajeno a lo pedestre, a lo estático y a lo puramente descriptivo, que reprochaba nuestra sensibilidad nerviosa, siempre eruptiva y que por nada del mundo quería dejar atrás al poeta que abandonó los versos a regañadientes", pág. 7. Con estas frases, se explica la obra narrativa anteriormente publicada de Hernán Jaramillo, y, todavía, se comprende la inquietud con que el autor ha dado a conocer su hazañosa historia de Nabor de la Caldea, protagonista de *Crónica del Hombre*. La actitud que en la actualidad tiene para con su reciente novela puede tomarse de las ya citadas palabras preliminares: "Ni pretendemos de estilistas ni somos exquisitos. El exquisito tiende, salvo raras excepciones, a la inhibición sexual o a la misoginia y a nosotros la

hembra nos atrae y la lujuria nos estremece el dorso como un potro alimentado con avena", pág. 9. Nos parece ver y oír la figura del autor, falta de aliños, con gracejo en su voz; en el juicio, cortante, impulsivo, vehemente casi: "Nuestros complejos de inferioridad los apagamos en el trabajo y el estudio. La amargura y la envidia son dos estados de ánimos igualmente estériles. No nos ciega un éxito momentáneo ni nos asusta una acogida hostil o desdenosa. Creemos que cada obra literaria lleva en sí misma el germen de su destrucción o de su supervivencia; más nos preocupa entonces un futuro incierto que un presente halagador y todo como sea", pág. 16. Conociendo la enorme riqueza de vida que Jaramillo ha absorto del agro, del campesino nuestro, extraña en primera instancia esta *Crónica del Hombre*, trabajada a través de treinta años, con personajes que no son vecinos, en tierras que no son las recorridas habitualmente. El autor sólo la califica de "novela distinta a todo lo que se ha escrito antes en el país".

En las letras nacionales la novela tiene ya su buen porte ganado. De la tradición europea y norteamericana, ha extraído la amplitud de recursos de composición. De la misma tradición que se nos ha impuesto, por derivaciones de formación y crecimiento, el escritor ha desarrollado su modo de captar el mundo, de entender al hombre y analizar sus problemas. Cada día se evidencia más el alcance permanente que adquiere la novela escrita en Chile. A los análisis psicológicos —surgidos por contacto con las ciencias médicas a principios de siglo— se añaden hoy las especulaciones científicas y las inquietudes metafísicas, adecuadas al mundo cultural nuestro, repleto de técnicas, cifras, máquinas, interrogantes, teorías y valores, aunque estos últimos no más sean en crisis. Diversas clases de novelas acaparan la atención del público, quien, como lector que palpita al ritmo del tiempo, busca en ellas la entretención que le posibilite escaparse o confirmar sus propios problemas. En la ficción literaria narrativa se encuentran las dos direcciones que el hombre actual realiza hacia su contorno: una hacia el espacio, nueva conquista de exploración; la otra hacia el interior de las cosas, desesperada búsqueda por hallar apoyos sólidos. Traducido esto, así esquemáticamente, al mundo novelesco, decimos: el espacio ha creado las novelas de asunto científico; el interior ha producido el gran avance de las novelas psicológicas y de tesis. Estas últimas clases de novelas han permitido el uso de técnicas narrativas tales como el "monólogo interior", el "flujo de la conciencia", el "contrapunto", la "reordenación del tiempo", etc. De este modo, también, la narrativa nacional presenta a viejos y jóvenes cultores que elaboran consciente o inconscientemente este nuevo orden de cosas. Aquí hay —conforme a lo que el medio pueda producir— narradores del mundo fantástico de la ciencia-ficción; del mundo alucinante del terror; del mundo calculado del género policial; del mundo abismante y asombroso de las novelas de conciencia, social y existencia. La ventaja la llevan los maestros, quienes, progresivamente, han cultivado sus facultades sin ostentar ser pioneros de la moda. Ponemos, por caso, los nombres de Eduardo Barrios (1884), Manuel Rojas (1896), Marta Brunet (1901), Benjamín Subercaseaux (1902) y Daniel Belmar (1906), todos próximos generacionalmente a Hernán Jaramillo (1900).

El modo más natural de disponer los acontecimientos en una ficción narrativa es la de imitar el transcurso temporal de una vida humana. Dicho transcurso vital puede asimilarse a una línea trazada sobre una superficie poco más o menos de la misma dimensión. Si el personaje o los personajes de la ficción sustentan el desarrollo de las aventuras, se puede admitir que se

trata de una "historia de una vida" (o de dos vidas, según el caso) semejante al trazado lineal, pues tiene su comienzo (el nacimiento) y su final (la muerte), con lo cual se completa y cierra el mundo de la ficción. Coinciden aquí el tiempo de la obra con el tiempo vivido por los personajes. Compuesta así la novela, puede presentar como contenido el mundo conflictivo de los acontecimientos (ejemplo sería el de la épica, en donde se da el "cambio de fortuna" en el héroe, según intervención de los dioses o de los hados) o puede presentar el mundo variado del espacio (como ocurre en la picaresca española, donde el personaje central se comporta de acuerdo con las leyes e intereses humanos, como representante de un área mayor que la meramente personal y singular, tal como la sociedad, la clase, la región, etc.).

De ambas posibilidades de componer el mundo novelesco, ha surgido la elaboración complejísima de una novela que intenta ser símbolo de la existencia humana, *Crónica del Hombre*. ¿Cómo se encadenan los hechos que padece el protagonista de la obra? Se encadenan unos detrás de otros, conforme la vida los va produciendo. Trata la novela del peregrinaje que efectúa un campesino, Nabor. Digámoslo con sus mismas frases:

"Yo soy Nabor de la Caldea, amo de sesenta y seis siervos y criados, todos en gracia de mi Señor, el Dios Universal. Por su mandato recorrí la senda que une a Ur de la Caldea con Menphis del Egipto, en un peregrinaje de cuyas incidencias dan estos escritos testimonio", pág. 535, v. II.

El porqué de "estos escritos" halla su razón al abrirse el tomo primero, en el *Proemio*, donde dispuesto como el capítulo I aparece el titular: "Como prólogo, el Testamento del autor de estas crónicas".

¿Quién es el cronista? Se inicia el documento:

"Yo, Nabor de la tierra de Caldea, hombre de bien, amo de sesenta y seis siervos y criados todos en gracia de mi Señor, el Dios Universal.

"Otro: propietario de rebaños de ovejas y de una manada de vacas y asnos que engrosaron sus ancas y caderas, postoreando a orillas del Eufrates.

"Otro: poseedor de montes con cedros y corpulentas hayas de troncos rugosos como la piel de los patriarcas.

"Declaro en buen juicio de mis facultades, entereza de corazón y sed de verdad y justicia.

"Yo viví, muchos años, arriba de un centenio, en mis heredades de Caldea y en un viaje atormentado, que por mandato expreso de mi Señor, hube de emprender entre mi tierra paisana de Caldea y la extranjera del Egipto." (Pág. 7, v. I).

El presente testamento nos sitúa dentro de lo indispensable para proseguir la lectura de las crónicas de Nabor. Como legado, nos entrega a todos nada menos que su vida agitada, por mandato de un ser supremo, para que de ella saquemos lo que más nos parezca. Este curioso narrador se somete al juicio de sus lectores, nos descubre sus propios trabajos de carpintería, nos guía a cada instante en su trayectoria aventurera y hasta se desdobra para mostrarnos la verdad y la justicia.

El tono propicio para narrarnos este mundo complejo que soporta Nabor, como enviado especial, es el de las "memorias". El capítulo II del Proemio,

parte introductoria que encierra la explicación del motivo de la peregrinación y de la juvenil personalidad de Nabor, da la pauta para el estilo narrativo. Se llama "Donde Nabor da comienzo a sus crónicas con la creación del mundo y otras menciones dignas de observancia":

"En el nombre de mi Señor, doy comienzo a estas crónicas, escritas a la luz de mis recuerdos, con el zumo de un ajeno añoso y perniquebrado que crecía en mi heredad cuando mis barbas tenían la blancura inmaculada de la nieve", pág. 10, v. I.

La conciencia que posee el narrador personal, Nabor, para disponer sus materiales, se advierte a cada instante. Al terminarse el libro, el lector puede captar la manera cómo Nabor se apropió de sus contenidos y ordenó su narración. En el capítulo LXXXII, Libro VI, llamado "Donde Nabor da término a sus crónicas después treinta años", se indica la peculiaridad intrínseca de toda ficción narrativa:

"No consignan estos relatos la íntegra versión de mis correrías y sucesos; sólo he floreado en el cardumen de mis hechos aquellos peces gordos donde el coleaje hizo batir, atempestando, el agua mansa de mi vida. No dispone un libro de tal acúmulo de páginas ni existen signos de escritura tan variados que basten a exponer y traducir el semillero de detalles y nimios pensamientos que la existencia de un solo prójimo puede almacenar. Los míos están disimulados en discreto y tácito silencio para dejar expedito paso a lo que en nuestro tráfago cotidiano constituye su médula y meollo", págs. 535 y 536, v. II.

Todavía más, se justifican los desplazamientos del tiempo y el desdoblamiento del personaje en uno real —el que peregrina— y en otro legendario —el que brota de la fantasía. También se aclaran las intenciones de objetividad y de enseñanza. Escribe en sus crónicas Nabor:

"Hube de reencarnarme en mi propia personalidad, rejuveneciéndome en la rememoranza, para mostraros a vosotros este panorama retrospectivo que os presento. Mi mayor empeño ha sido no deformar la realidad para embellecerme en una fantasía apócrifa y falsaria. Mi egoísmo incitábame a presentar las cosas de manera a reducir el porte de mis deshonestidades y violencias, mas yo he sido fuerte en mantener puntos de vista imparciales y aun llegué al extremo de convertirme en enemigo de mí mismo para sustraerme a ese influjo pernicioso que me impulsaba a justificar mis errores con el artificio de vanos argumentos", pág. 536, v. II.

El curso de las aventuras (amores, actos de bandidaje, prisiones, enfermedades, viajes, incendios, tronos, etc.) se interrumpe con el plano de las meditaciones del narrador. Allí calzan no sólo las reflexiones interiores, sino también los diálogos que dirige hacia su único compañero fiel de infortunios y de nascencia, el asno. Sale de este plano el tono de consejas, esa experiencia acumulada por la sabiduría popular que enseña a los que vienen detrás. La explicación de ello se encuentra en el Testamento de Nabor:

"No serán muy varias ni muy enjundiosas mis pobres enseñanzas, que tampoco yo quisiera convertirme en el maestro de una ciencia donde siempre fui

un pésimo discípulo, porque, de tanto corretear, apenas se pudiesen entre-sacar de mi bolsillo tres o cuatro máximas, tanto más añejas, cuanto han sido en el pasado y serán en el futuro repetidas hasta atosigar oídos y paciencias.

"Pero sí quiero que os conste cuáles y cuántos fueron mis trajines para que por mis vericuetos me sigáis y con la balanza en vuestras manos, os distraigan las sumas y restas continuadas de tantos ires y venires, aciertos y fracasos, de mi existencia incontrolada", pág. 9, v. 1.

Este modo de comprender la existencia de Nabor es el mismo que trasciende de la historia del caldeano peregrino y conforma la narración entera. Aquí estamos frente al problema del narrador básico y del narrador personal. Nabor, el que escribe a "la luz de mis recuerdos con el jugo de un ajeno añoso y perniquebrado", constituye el narrador personal, quien selecciona y destaca sus propias aventuras y quien coloca cada cierto espacio sus propias reflexiones y quien interpela al Nabor de la leyenda. Pero por sobre Nabor está el narrador imponderable, básico, que creó al peregrino conforme la complejidad del vivir humano, quien, además, dispuso la ordenación de los títulos y capítulos y quien, por sobre todo, configuró el trazado de la ruta según designios puestos en boca de Dios, el Señor Universal. El entrelazado se advierte en las perspectivas con que enfoca el narrador personal los acontecimientos y personajes, es decir, en el procedimiento que el mismo narrador personal califica de "reencarnación". Este artificio obedece al intento de mostrar, en su mayor densidad, la historia de una existencia de un hombre, o sea, de querer introducir la ficción en lo simbólico, arquetípico, de la vida del hombre en todos los tiempos y en todos los espacios. Obedece, por demás, al ánimo capital de elevar el ritmo de aventuras y hacer coincidir la pista vivida por el personaje con la concepción de la existencia que tiene ese imponderable narrador básico.

Nabor narra sus peripecias desde la distancia inmediata de los sucesos. Presenta a personajes y escenarios como si estuviese recién ante ellos. Sus formas de lenguaje permiten esta "reencarnación". Pero otras veces corta bruscamente la conducción del tiempo y distrae a sus lectores recontando lo pasado o colocándose en la justa perspectiva de los recuerdos, en el tiempo en que escribe. Como personaje, Nabor salió de su tierra a los veinticinco años y regresó alrededor de los sesenta. Como narrador, comenzó sus escritos cerca de los treinta años antes de aproximarse al centenio, época, esta última, en la que dejó su testamento. Todo ello está relatado en el curso de la obra.

"Estas crónicas empezaron a escribirse ha tanto años, que sólo dos les faltan para enterar una treintena. Fue un impulso imperioso, amén del mandato de mi Señor y Creador, que a mi cerebro vino como vienen a su videncia esas creaciones que absorben tanto tiempo en nuestra vida como para llenar con ellas años y decenios.

"Más de una vez quiso la pluma rebelarse a seguir consignando estos episodios donde el jugo del ajeno torvo y añoso, perniquebrado por más señas, siempre tuvo tinta amarga y fúnebres matices para trazar estados de almas y retratos", pág. 323, v. 1.

Cada uno de los seis libros que componen la obra se inicia con un

capítulo a manera de prólogo que corresponde al instante de los recuerdos; entonces, cuando se llega a los personajes y escenarios, ocurre ese desplazamiento que acorta la distancia. El capítulo I del Libro Primero, "Donde Nabor empieza a vivir y a correr aventuras en la populosa Babilonia", sirve para ilustrar lo dicho:

"Solitario estoy en esta populosa Babilonia después que envié a Rila a mis heredades de Caldea. ¿Comenzaré trajines de inmediato? Largo es mi peregrinaje hasta el Egipto y cuanto menos tiempo pierda en inútiles afanes, tanto más a prisa será el regreso a mi terruño... Y, conforme a mi propósito, me encaminé una tarde donde el Eufrates atraviesa la urbe como un cintillo de plata que ciñe sus caderas. En este viaje vino la noche y miréme perdido en el recoveco de las calles sin atinar el rumbo hacia mi vivienda... ", pág. 39, v. I.

En el capítulo III del Libro Cuarto, "Donde Nabor hace un recuento del libro precedente", se advierte la separación de los hechos narrados:

"Yo soy Nabor de la Caldea, amo de sesenta y seis siervos... Y con tener tantos regalos en mi casa, por mandato de mi Señor, hice la ruta entre Ur de la Caldea hasta Menfis del Egipto y en estas crónicas os narro los incidentes de mi viaje, comento mis impresiones, retrato a mis interlocutores y no es raro que a fin de cuentas el más acabado sea el propio porque los otros pasan y yo quedo; los otros se asoman y se van, yo estoy en casa y permanezco. Hablando, pues, de mí más que de los otros, lógico es que sepáis más de lo que me concierne cuanto sabéis de lo inherente a los extraños. Y no me digáis que pecho de parcial cuando el pincel diseña mis facciones, que sumo cuidado he puesto para pareceros como yo soy y no como quisiera apareceros. Si dudáis de mi veracidad, poneos frente a mi retrato y en aquello que no coincidáis conmigo en eso ha disparatado, porque pienso, ahora en mi vejez que, al perfilarme ante vosotros, estoy haciendo un perfil universal", pág. 9, v. II.

La concepción de la vida puesta gráficamente con la existencia de Nabor, se manifiesta en el mismo período del Libro Cuarto:

"Vosotros que me seguís no pidáis orden, porque la vida es como el sinuoso arroyo, cuyos serpenteos en el césped nunca siguen un sistema, como si tuviese grande empeño en destruir las leyes de la simetría para crear, destrozándolas a su antojo, la armonía de la naturaleza que bajo el desorden aparente tiene en su esencia la proporción maravillosa de lo bello y lo perfecto." (Pág. 11, v. II).

El detalle de la historia del peregrino Nabor es intrincado, pues en los dos volúmenes se desarrolla un circuito de aventuras, que son episodios ilustradores del caminar del protagonista. Aparece sí un recurso de valor épico, la "anticipación", a través del cual el lector tiene ante su vista un esquema del desenlace de la trama. Tal función tiene la aparición del Señor a Nabor, cuando estaba a medio camino entre Ur y Erech, a los veinticinco años:

"Eres mi enviado; lleva contigo entonces mi ley escrita en tu blasón para que no te apartes de su marco más allá de lo decentemente permitido por

un equilibrio moderado, donde se equiparen tus desaciertos y virtudes sin que haya disconformidades muy notorias en su fiel. Porque elegido fuiste para que recorras del esófago al vientre y desde la aorta hasta la última vena de las articulaciones de este mundo. Irás a merendar a los palacios y a dormir a la intemperie de las playas o bajo el alero de las buhardillas donde la miseria tiene amarilleces en los rostros y telarañas en los rincones. Y pasarás por muchos climas y entrarás en contacto con muchas multitudes y verás en ellas que pocos son los dóciles y muchos los indómitos...”, pág. 26, *Proemio*, v. 1.

Otra revelación de lo sucedido está en manos de Nabor, cuando evoca:

“Por su mandato hice un viaje memorable entre la Caldea y el Egipto; salí joven y animoso, retorné anciano y fatigado; me asediaron todas las pasiones, me di un baño en todos los placeres; sufrí el dolor después de la alegría, a la amargura la disipó a veces la esperanza; me propuse la rectitud y ejecuté la infamia; fui desleal a mi palabra, soberbio con el débil, sumiso frente al fuerte. Un abigarrado conjunto de emociones, en suma, que he pretendido, añorando en mi vejez las incidencias de mi hombría, trasladar a estos escritos para narraros a vosotros su trama y desenlace”, pág. 159, Libro II, Cap. 1, *Proemio de Nabor*, v. 1.

Los episodios más nutridos de la novela se refieren al amor. Nabor, desde joven, poseía un temperamento erótico marcado. Con la vejez, se retrajo un tanto, pero sus apetitos lo hicieron caer en ridiculeces o alimentaron celos o produjeron enternecimientos. De los variados y múltiples amores que se narran, nos llaman la atención el amor redimido de Rila, la manceba que topó Nabor en Babilonia cuando pidió albergue, recién entrado a la ciudad; el amor generoso, puro y sublime de Marusa, hija de Ezequías y Mabela, quien se encierra junto a su padre para consolarlo ante las amarguras que recibe por su hogar destrozado por las pasiones encontradas, oportunidad en que intervienen Nabor y Alisor, después amigos entrañables, y el amor imposible —también purificado— de Imola, la reina del Egipto, esposa de Amenhat. El soberano egipcio se muestra en el episodio crucial de la vida de Nabor, cuando cumple su misión, al final del Libro III, eje —además— de los contenidos de la narración:

“Yo soy fuerte y con mi fortaleza conquisté a Damasco. Su rescate fue Imola. Cambié un país por una mujer hermosa y he aquí como vienes de lejanas tierras y pretendes despojarme del fruto de mi esfuerzo. Soy grande; eres pequeño; tengo tu suerte y tu vida entre mis manos”, pág. 529, v. 1.

E Imola, la enamorada fuertemente del extraño, en carta escrita mientras su amado espera la condena, expresa el sentido de este amor:

“Todos los naipes de mi baraja dispuesta estoy a tirarlos al tapete; alguna baza afortunada me dará la ganancia apetecida y espero ver confundidos a los malévolos y sano a ti, mi bien amado, para devolver a la Caldea el mismo Nabor que envió a hacerse dueño de mi corazón. Porque, preciso es confesarlo, aquí termina nuestro idilio logre o no logre libertarte de tu encierro. Un pueblo está detrás de mi persona. ¿Podríamos ser felices a

costa de tantos desgraciados? Ni tú ni yo aceptáramos felicidad a precio tan exorbitante, porque también el amor, a más de placer y goce, es sacrificio; y el alma de buena levadura sabe desprenderse de satisfacciones cuando el prójimo necesita que alguien lo redima. Tú y yo redimiremos a Damasco para siempre con este renunciamiento a nuestro amor", pág. 532, v. I.

Por sobre todos estos acontecimientos amorosos, o el de las envidias, bandolerismos, robos, triunfos sobre las leyes, rechazo de reinos, negocios, etc., se desliza una estructura predeterminada: la del destino. Para ilustrar este modo formador del mundo novelesco, se puede recurrir al encuentro de Nabor con Semar, joven que ilusiona hallarse con su Mila, desaparecida ante las fuerzas voraces de los cataclismos y las erupciones, junto con cinco ciudades. A la salida de Jericó, la ciudad en donde se enterró voluntariamente la amada Marusa, Nabor supo de Semar y su historia. Ambos se comprendieron y se dieron calor de amistad. Siguieron camino. En una taberna, inescrupulosos hicieron mofa de ambos, quienes iban bien ataviados, y se armó una reyerta. Entre los vericuetos de callejas próximas, Nabor atacaba a sus enemigos, pero quiso la suerte que una de las estocadas de la daga del caldeano diera en el cuerpo del atribulado y espantadizo amigo Semar:

"¿Qué cuenta daré de ti ante tus mayores? —demandé.

"—Nadie te obliga a hacerte responsable de quien no te era próximo en parentesco ni aún en paisanía. Yo te relevo de la culpa otorgándote el perdón por esta muerte que corta mis amarras y me endilga del descarrío a la buena senda que un torpe pensamiento me hizo abandonar. Sean los culpables nuestros adversarios, los que tú pusiste en fuga y con quien, en buena hora para mí, me has confundido. La muerte soluciona a veces muchos problemas que la vida es incapaz de resolver y devuelve a los hombres esa libertad cohibida por el miedo o el fracaso.

"Y tras estas frases, desangrado, quedó exámine", pág. 341, v. I.

En el plano de las reflexiones, Nabor deja traslucir el hilo gobernador de la vida: "¿a qué tanto derroche de bondades, afanes y heroísmo, si un destino inverosímil, casi ilógico, todo lo trastrueca y lo hace estéril?" (pág. 342). Y parece respuesta la prosecución de estas meditaciones: "Es mi sangre tempestuosa que se agita con la sangre. Es mi bestia que de su mansedumbre despierta a su naturaleza feroz y se extralimita en sus excesos. Tanta culpa tiene mi impía arremetida como la tuvieron las sombras de la noche..." (pág. 342). Y luego, sigue precipitándose el sentido de la existencia del hombre: "Necesita el hombre un equilibrio en que estén contrapesados sus días tormentosos y pacíficos; su natural reclama el cambio, el movimiento, pero asimismo gusta del sueño y del sosiego" (pág. 347). En la segunda aparición del Señor, de regreso, tras pasado Erech, se intensifica el sentido de las palabras dichas por el "Dios Universal" al agostado Nabor:

"... no quiero reglamentar tu vida de manera que todo en ella se suceda conforme a una norma rígida, invariable; su hechizo consiste en esa movediza fluctuación que sube y baja los valores, que es lógica e ilógica con igual envoltura, que glorifica crímenes y condena el heroísmo sin importarle un ardite que tú aplaudas o que gruñas.

"Tampoco quiero haceros mercaderes de vuestras virtudes ni quiero valorizar vuestros escrúpulos en la cuantía tal o cual de un premio que os glo-

rifique u os resarza. Sed si deseáis, virtuosos y prudentes, pero no esperéis siempre una paga de vuestro comedimiento o vuestro esfuerzo. Y agradecedme que os haya reyes de vuestro albedrío aunque en ocasiones no os parezca libre lo que ya tiene un predestino estructurado y definido”, pág. 525, v. II.

Y la misión de Nabor queda explícitamente terminada con el simbolismo de su trayectoria vivida:

“Gasta los años que mis designios te reservan en descansar de esta larga y ruda caminata a que mi mandato te obligaba y consigna en tus intervalos de ocio algo de lo que viste y en que actuaste en las páginas immaculadas de un libro que será tu historia y tal vez la historia de tu prójimo. Ni seas pedante ni dogmático; no pretendas ser maestro de los otros cuando no has sabido serlo de ti mismo. No escatimes la verdad por cruda que aparezca, por desfavorable que te sienta. Refléjate en tus escritos como si te reflejases en un espejo de luna clara y biseles sin defectos. No ses pudibundo en el relato si has sido en el hecho escandaloso y pervertido . . .”, pág. 527, v. II.

Aunque la extensa narración de Nabor peca por estilo recargado, por situaciones repetibles, por atosigar un tanto al lector común, encierra una simetría perfectamente elaborada y una riqueza de mundo insólita en una novela de un escritor que había cultivado preferentemente el mundo criollo, autóctono. Infinidad de sugerencias quedan postergadas ante la magnitud compositiva de la narración y la intención que su contenido oculta. El viaje, símil antiquísimo de la vida humana, queda diseñado en armonía, y las proporciones de las hazañas se contrabalancean, también en equilibrio. Adelantos, mientras Nabor rumbea hacia Egipto; escollos y, sobre todo, exculpaciones, mientras retorna a sus heredades que alimentan vacas, frutos, siervos, mujeres y el comanditario socio Hasabías, amigo de infancia que resguardó lo del prójimo. Demasiado arquitectura, acaso, en esos reencuentros con Aliabar, Dimasar, Anila, Asleb y Selca. De todos modos, el consciente narrador personal pide excusas a su lector —recuerdos de la tradición literaria española— y nos transmite su plan ambicioso:

“Yo sólo quiero pedirte a ti, lector benévolo, paciente como los borregos que rumian en el campo, que en cualquier tiempo que leyeres estas crónicas, medites un instante y, comparando lo esencial en la naturaleza, en el hombre de tu época, con la esencia de la mía, dictamines si en el transcurso de los siglos se han modificado en algo sus constitutivos elementos.” . . ., pág. 536, v. II.

Hernán Jaramillo presenta en este enorme friso, la vida del hombre, con sus pasiones, con sus contradicciones, alegrías y penurias: “he querido —pág. 324 del volumen I— también dejaros testimonio, presentaros en mis crónicas, retratándome a mí mismo, ese hombre de universal equidistancia, donde todos los hombres se sienten representados en sus virtudes y en sus taras, en sus deseos y fracasos”. Con las vestiduras más tradicionales de la técnica narrativa, con adornos extraídos de las más sabias y clásicas lecturas, y de las más vividas experiencias, Hernán Jaramillo escribió esta *Crónica del Hombre*.

*Benjamin Rojas Piña.*